

Un romántico en contra del liberalismo exaltado: el caso de Estanislao de Cosca Vayo¹

A romantic against exalted liberalism: the case of Estanislao de Cosca Vayo



JAVIER MUÑOZ DE MORALES GALIANA

Universidad de Cádiz

javier.munozdemorales@uca.es

Resumen: Sabemos que el novelista Estanislao de Cosca Vayo, como otros románticos, profesaba una ideología liberal; no obstante, en su periódico *El Constitucional* (1836) podemos observar textos llenos de recelo hacia otros liberales, en especial aquellos que regresaban del exilio. Vayo defiende siempre la libertad, pero solo si es obtenida sin recurrir a la violencia, y condena las actitudes más extremas de algunos de su bando, a quienes en parte culpabiliza de las represiones habidas durante la década ominosa. Estas mismas ideas podían apreciarse ya en su novela *Los expatriados o Zulema y Gazul* (1834), que narra la expulsión de los musulmanes de la ciudad de Valencia por el rey Jaime, expatriación presentada como un hecho injusto; pero el narrador, lejos de apoyar cualquier rebelión violenta, se inclina mayormente a la defensa de la vía pacífica y considera que ninguna radicalización es lícita por muchos motivos que pueda tener. Esta novela, por tanto, puede ser interpretada como un gesto político, como una advertencia a los liberales que regresaban del exilio, a fin de que renunciaran a sus posturas más radicales en favor del perdón y la reconciliación.

Palabras clave: Estanislao de Cosca Vayo, Romanticismo, liberalismo exaltado, liberalismo moderado, novela española.

Abstract: It is known that the novelist Estanislao de Cosca Vayo, like other romantics, professed a liberal ideology; however, in his newspaper *El Constitucional* (1836) he wrote some texts full of suspicion towards other liberals, especially those who returned from exile. Vayo always defends freedom, but just if it is obtained without resorting to violence, and he condemns the most extreme attitudes of some people of his faction, whom he partly blames for the repressions during the ominous decade. These same ideas could already be seen in his novel *Los expatriados o Zulema and Gazul* (1834), which narrates

¹ Este artículo es uno de los resultados de los proyecto de investigación “Leer y escribir la nación: mitos e imaginarios literarios de España (1831-1879)” —LEyENMIESXIX—, financiado por AEI/FEDER, UE, con referencia FFI2017-82177-P, e “Idea de Andalucía e idea de España en los siglos XVIII-XIX. De la prensa crítica al artículo de costumbres” (PID2019-110208GB-I00/AEI/10.13039/501100011033).

Recibido: 27 de julio de 2020; aceptado: 5 de octubre de 2020; publicado: 30 de septiembre de 2021.

Revista Historia Autónoma, 19 (2021), pp. 61-79

e-ISSN: 2254-8726; <https://doi.org/10.15366/rha2021.19.003>



the expulsion of the muslims from the city of Valencia by the King Jaime, an expatriation presented as an unjust fact; however, the narrator, far from supporting any violent rebellion, is mainly inclined to defend the peaceful path, and he considers that no radicalization is lawful for whatever reasons it may have. Therefore, this novel can be interpreted as a political gesture, as a warning to liberals who were returning from exile, in order to renounce their most radical positions in favor of forgiveness and reconciliation.

Keywords: Estanislao de Cosca Vayo, romanticism, exalted liberalism, moderated liberalism, Spanish novel.

Que el desarrollo del Romanticismo en España se vio dificultado por las circunstancias sociopolíticas del momento es un hecho que ningún trabajo pone en duda, sobre todo si nos referimos al género novelesco, que en el XVIII español apenas había sido valorado por la crítica literaria, o al menos no tanto como la poesía y el teatro². La censura imposibilitó la apertura a ciertas tendencias predominantes en la Europa decimonónica y, en consecuencia, la novela romántica como tal tuvo una trayectoria muy sesgada en las primeras décadas del XIX³.

Esto ha tenido, como consecuencia, una ya larga controversia entre los hispanistas que se han ocupado de intentar desentrañar cuáles fueron las primeras obras literarias españolas que a un tiempo pueden ser catalogadas como “novelas” y como “románticas”. Todo trabajo en torno a este tema probablemente saque a colación nombres de textos y autores como *El Rodrigo* de Montengón (1793), *Ramiro, conde de Lucena* de Rafael Húmara (1823), *Don Esteban* de Valentín de Llanos Gutiérrez (1825) o *Los bandos de Castilla* de Ramón López Soler (1830). Sin embargo, quien actualmente pretenda insinuar que hay siquiera un mínimo de Romanticismo en *El Rodrigo* de Montengón debería hacer frente a varios estudios que ofrecen pruebas de lo contrario⁴. Asimismo, *Ramiro, conde de Lucena* ha sido una novela tradicionalmente obviada y minusvalorada por no seguir el modelo de Walter Scott, que tendría un gran éxito en nuestro país⁵. Por lo demás, *Don Esteban* es una novela escrita originalmente en inglés, por lo que su

² Ello se debió, fundamentalmente, a no estar contemplado el género en las poéticas neoclásicas; cf. Álvarez Barrientos, Joaquín, *La novela del siglo XVIII*, Madrid, Júcar, 1991, p. 11.

³ Cf. Palencia, Ángel, *Estudio histórico sobre la censura gubernativa en España (1800-1830)* (3 vols.), Madrid, Tipografía de archivos, 1934-1941.

⁴ Véase lo que comenta sobre esta novela Álvarez Barrientos, Joaquín, *La novela... op. cit.*, pp. 236-237, así como lo que al respecto señala Berbel, Juan José, “Historia, mito y catarsis en la Ilustración: *El Rodrigo* de Pedro Montengón y tres tragedias sobre don Pelayo”, en García Lara, Fernando (ed.), *Actas del I congreso internacional sobre novela del siglo XVIII*, Almería, Universidad, 1998, p. 110.

⁵ No aparece, por ejemplo, dentro de la selección de novelas románticas estudiadas en Sebold, Russell P, *La novela romántica en España: entre libro de caballerías y novela moderna*, Salamanca, Universidad, 2002; de igual modo, para evitar disminuir la importancia de *Los bandos de Castilla* en favor de esta novela, podemos ver comentarios como el siguiente: “La novela de Húmara no pretende difundir la novela scottiana, pues su principal fuente de inspiración es «Meme. Cottin»”, señala Rubio Cremades, Enrique, “Introducción”, en López Soler, Ramón, *Los bandos de Castilla*, Barcelona, Edhasa, 2014, p. 8.

inclusión al hablar de literatura española como tal es algo que, con poco, despierta sospechas; respecto a *Los bandos de Castilla*, la crítica desde un principio comenzó a considerarla plagio de Walter Scott⁶, sambenito del que difícilmente podrá librarse pese a los muchos trabajos que en las últimas décadas han defendido la tesis contraria⁷.

En este contexto resulta hasta cierto punto lógico que un nombre como el de Estanislao de Cosca Vayo adquiriera no poca relevancia si hablamos de los comienzos de la novela romántica en España. Autor a un tiempo primerizo y prolífico, en la relativamente temprana fecha de 1827 publicaría su primera novela, *Voyleano o la exaltación de las pasiones*, y a partir de ahí proseguiría dando a la imprenta una cantidad ingente de títulos⁸, labor a la que se siguió dedicando incluso después de que muchos de los más conocidos novelistas románticos españoles hubieran muerto.

Incluir a Vayo en el Romanticismo no debería parecer tan ilegítimo como incluir, por ejemplo, a Montengón; si tenemos en cuenta que su primera novela vio la luz en 1827, podría resultar un caso más meritorio que el de, por ejemplo, López Soler. Sin embargo, no se puede abordar el estudio de este autor sin incidir en lo heterogéneo de su producción; sus múltiples novelas fueron desiguales no ya solo en lo tocante a la calidad, sino también en lo referente a las tipologías.

Aunque *Voyleano* sea una obra anterior a *Los bandos de Castilla*, y aunque pueda parecer algo más original, no resulta tan claro que tenga tanta relevancia en el movimiento romántico español por poderse poner en duda su vinculación con el Romanticismo. Precisamente lo temprano de su fecha nos lleva a concebir ciertas incertidumbres al respecto. De entrada, Vayo muestra un manifiesto rechazo incluso hacia la sensibilidad más exaltada del dieciocho al hablar de “los males que ha ocasionado a la Europa la lectura de la novela alemana Werter”⁹, y apunta una novela debe disipar “la ilusión de las pasiones” y corregir “los defectos menos graves, y aun las solas ridiculeces de los hombres”¹⁰.

Vayo habla de moralizar, corregir e incluso “ridiculizar”; finalidades más habituales en la faceta más pedagógica o educativa de la Ilustración, que no en el Romanticismo. El argumento

⁶ Cf. Picoche, Jean-Louis, “Ramón López Soler, plagiaire et précurseur”, en *Bulletin Hispanique*, LXXXII, 1-2 (1980), pp. 81-93. <https://doi.org/10.3406/hispa.1980.4409>

⁷ Uno de los primeros alegatos en defensa de la originalidad de esta novela es el apartado dedicado a ella en el trabajo de Sebold, Russell P., *La novela... op. cit.*, así como el estudio preliminar a la edición de la obra prologada por Rubio Cremades, Enrique, “Introducción... op. cit.”; uno de los trabajos más recientes al respecto considera que no podemos acusar a López Soler tanto de “plagio”, sino de “la apropiación de textos ajenos para la elaboración de una obra nueva”; incluso “podemos hablar de una «técnica» de composición próxima al centón, que el autor utiliza en ocasiones como juego o, incluso, reto al lector culto”, como se señala en Hualde Pascual, Pilar, “*Las ruinas de Persépolis*, de Ramón López Soler: entre el centón y la filosofía hermética”, en *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, 20 (2014), pp. 227-249. https://doi.org/10.25267/Cuad_Ilus_Romant.2014.i20.13

⁸ Podemos contar un total de al menos doce novelas de su autoría, como se señala en Sebold, Russell P., “Alma sensible, romanticismo exaltado y suicidio. Sobre la novela *Voyleano y la exaltación de las pasiones* (1827), de Estanislao de Cosca Vayo y Lamarca”, en *Revista de Literatura*, 152 (2014), p. 532. <https://doi.org/10.3989/revliteratura.2014.02.020>

⁹ Vayo, Estanislao de Cosca, *Voyleano o la exaltación de las pasiones*, edición de Mark Malin, Salamanca, Delirio, 2007, p. 80.

¹⁰ *Ibidem*, pp. 80-81, la cursiva es nuestra.

de *Voyleano*, aunque pase por tener en cuenta la sensibilidad más extremada, recuerda sobre todo a muchas novelas nacidas al amparo de los valores ilustrados filtrados por el catolicismo, como *El hombre feliz* del padre Almeida, *El Valdemaro* de Martínez Colomer o *El Evangelio en triunfo* de Olavide¹¹; nos presenta a Voyleano, un hombre de vida caótica y pasiones exaltadas, que poco a poco va siendo reconducido a la virtud cristiana con la ayuda de un cura, para acabar dando la vida por su patria en un acto de virtuosismo moral, tal como ocurre en las otras tres obras mencionadas, si bien en este caso ofrece la novedad de desarrollar eso mismo en el contexto de la guerra de Independencia, con la irreligiosidad encarnada en los soldados napoleónicos. Un planteamiento, en definitiva, que en cierto modo puede dar pie a la exaltación de las pasiones, como el título indica, sensible y quizá incluso romántica, pero siempre al servicio de una finalidad didáctica y pedagógica más propia de la Ilustración en su vertiente más católica.

Con todo, la crítica se ha obstinado en prestar demasiada atención a los elementos “románticos” de la obra, hasta el punto de concederle una posición destacada en la historia del Romanticismo. Rodríguez considera que, aunque el autor diga que su intención es moralizar sobre las pasiones, el apasionamiento de Voyleano por defender su país al final de la obra es expuesto como algo admirable¹²; no obstante, debemos matizar que ese patriotismo está estrechamente relacionado con el virtuosismo moral y cristiano en el que el protagonista se forma a lo largo de la obra. La lucha contra los franceses adquiere determinadas connotaciones cuando el propio protagonista muestra un flagrante desprecio hacia el ambiente impuro, pecaminoso y corrupto de la corte napoleónica, a la que culpabiliza del desarrollo de sus propios vicios:

¿Cuál fue mi educación? Ninguna: mi padre me envió a la Corte a los quince años, y si el ejemplo puede llamarse así, recibí la peor. Yo poseía el corazón más dócil del mundo, y hasta mis deseos estaban contenidos por mi buena índole. Me enseñaron a burlarme de la moral y de la religión, y con el nombre de despreocupado aprendí a ser libertino. (...) ¡Ay infeliz de mí! ¡Si pudiera reunir al menos a todos los jóvenes, y descubrirles los ardides de que se vale el vicio para perderles! Hierve la sangre en la juventud y atiza las pasiones. ¿Quién podrá contener su impetuosa corriente? ¿Qué diques serán bastantes? La moral y la religión. Cuando el hombre apaga estos dos fanales de la mente, se queda en la misma oscuridad en la que estaría el mundo, si el padre de la luz retirase sus rayos y lo dejase vagando en las tinieblas.¹³

Aunque el fragmento citado pueda recordar hasta cierto punto a Rousseau por la importancia concedida a la sociedad como origen de la corrupción del hombre, las valoraciones morales que juzgan imprescindible a la religión nos remitirían a textos como el ya mencionado

¹¹ Véanse los correspondientes apartados en Álvarez Barrientos, Joaquín, *La novela...*, *op. cit.*

¹² Rodríguez, Rodney, “Estanislao de Cosca Vayo and the fate of the Spanish romantic novel”, en *Romance Quarterly*, 35 (1988), p. 274. <https://doi.org/10.1080/08831157.1988.9933475>

¹³ Vayo, Estanislao de Cosca, *Voyleano...* *op. cit.*, pp. 181-182.

El Evangelio en triunfo de Olavide; que reflejan una corriente de pensamiento hasta cierto punto reaccionaria ante cualquier planteamiento heterodoxo que pretenda desligar moral de religión.

Malin señala que el Romanticismo de Voyleano está sobre todo en el carácter irracional y desbordado de su actitud patriótica¹⁴, pero no debemos pasar por alto la mentalidad en buena medida conservadora de la que el mismo protagonista hace gala, como acabamos de ver; en consecuencia, este texto aún estaría muy lejos de los que los románticos más liberales escribirían en loor de la patria, como pudiera serlo el poema *¡Guerra!* de Espronceda¹⁵. Es necesario matizar que el discurso de Vayo tampoco es en este caso demasiado cercano al que tendría la faceta más conservadora del Romanticismo español, como ocurriría con Fernán Caballero; su mentalidad en este punto es sobre todo deudora del XVIII español en su faceta más crítica con la heterodoxia de la Ilustración.

Con todo, al analizar esta obra, Sebold presenta al protagonista como alguien caracterizado por “su obsesión por el malsano pensamiento de la muerte voluntaria”, lo cual lo lleva a compararlo con las obras del *Sturm und Drang*¹⁶; e interpreta el final de la novela como un “suicidio sin suicidarse”, porque el protagonista se precipita a un acto heroico en el que no tenía ninguna posibilidad de sobrevivir¹⁷. Especial importancia le concede al hecho de que presuntamente Voyleano “al ofrecérsele por segunda vez la oportunidad de confesarse, no la aprovechó”, y en consecuencia se aboca a “profesar el descreimiento de los descendientes escépticos de la Ilustración”¹⁸.

En un trabajo anterior, el mismo Sebold consideraba que los protagonistas de la novela romántica española “son con frecuencia materialistas, blasfemos, descreídos y ateos”¹⁹; en el caso concreto de *Voyleano*, este autor parece estar forzando la interpretación de la obra para adecuarla a lo que él mismo ha establecido sobre la narrativa española de aquellos años. Que el héroe de la obra muestre una actitud tan heterodoxa podría parecer en principio contradictorio si tenemos en cuenta la declaración explícita que hemos visto hace en favor de los valores tradicionales; si incidimos en lo que implica rechazar una “segunda confesión” podremos advertir que en realidad la actitud de Voyleano no tiene mucho que ver con los héroes de obras posteriores. Su irreligiosidad no es tal, de entrada, porque se confiesa explícitamente al menos en una ocasión: “Escrito este párrafo, se confesó Voyleano edificando con su conformidad y valor”²⁰. Si tenemos en cuenta que esto ocurre al final de la novela, justo antes de ser ejecutado, no parece que tenga demasiado sentido esperar que se confiese por segunda vez, dado que no ha tenido tiempo para pecar más; el fragmento en cuestión es el siguiente: “Se ha arrodillado, ha pedido a Dios por su alma con mucho fervor, y enseguida ha hecho una seña a su confesor

¹⁴ Malin, Mark, “Introducción y notas”, en Vayo, Estanislao de Cosca, *Voyleano... op. cit.*, pp. 54-55.

¹⁵ Espronceda, José de, *Obras completas*, edición de Diego Martínez Torrón, Madrid, Cátedra, 2006, pp. 214-215.

¹⁶ Sebold, Russell P., “Alma sensible... op. cit.”, p. 544.

¹⁷ *Ibidem*, pp. 545-546.

¹⁸ *Ibidem*, p. 545.

¹⁹ Sebold, Russell P., *La novela... op. cit.*, p. 39.

²⁰ Vayo, Estanislao de Cosca, *Voyleano... op. cit.*, p. 199.

para que se separase”²¹. Encomendarse a la divinidad “con mucho fervor” en los instantes postreros de la vida no parece precisamente la actitud que tendría un “descendiente escéptico de la Ilustración”; por otra parte, no parece tanto que esté rechazando una “segunda confesión” que en realidad no se le ha ofrecido, sino que le está pidiendo apartarse al confesor que poco antes ha realizado su labor para evitar que este presencie tan de cerca una escena tan cruenta.

Estos matices añadidos a los análisis de *Voyleano* deberían ponernos sobre la pista de una de las claves principales de la figura de Vayo, y es que, por muchos coqueteos con el incipiente movimiento romántico que hubiera en su primera novela, esta aún estaba muy lejos de lo que más adelante sería tendencia en nuestro país. La ejecución del protagonista, con la que finaliza el relato, está en las antípodas de lo que por ejemplo ocurriría en *El pirata de Colombia* de López Soler, cuyo héroe sí encaja por completo con los adjetivos utilizados por Sebold²².

Debemos tener en cuenta la ya aludida censura que había en el año de la publicación de *Voyleano*, 1827; incluso aunque Vayo hubiera sido el ateo más descreído de su momento, no hubiera podido hacer una tan explícita apología de ideas verticalmente contrarias a las de la Inquisición, que aún seguía vigente. Pero sus publicaciones posteriores, además, revelan que en realidad nunca tuvo una posición ideológica tan contraria al *statu quo*. A este respecto, quien se ha ocupado con mayor exactitud de analizar su figura es María del Pilar Gomis Martí, en su introducción a la que quizá sea su más importante novela, *Los terremotos de Orihuela* (1829). A pesar de sus tendencias literarias, su vida fue la de un “antirromántico por excelencia”²³, puesto que de ningún modo vivió inmerso de la agitación política que tanto caracterizaría a muchos de los románticos más conocidos, como lo fuera el duque de Rivas. Por otra parte, “se comportó siempre como un moderado, moderantismo que hizo amatar su recuerdo como un candil”²⁴.

Esto, en parte, puede explicarse aludiendo a la influencia que sobre él tuvieron las corrientes ideológicas y poéticas que hubo en España con anterioridad al Romanticismo; sus comienzos como escritor, como hemos visto en *Voyleano*, respondían a una cosmovisión fundamentalmente dieciochesca, de modo y manera que, atendiendo a su evolución posterior, su obra en conjunto puede ser valorada como “una historia del movimiento romántico español desde su arranque neoclásico y moratiniano hasta el folletón a lo Sue”²⁵. Esta mentalidad seguiría presente incluso sus novelas más claramente románticas, como ocurre con *Los terremotos de Orihuela*:

²¹ *Ibidem*, p. 202.

²² El protagonista de esa obra, el pirata Roberto Gibbs, encuentra cierto placer en morir “con la injuria en los labios, con la insolencia en los ojos, con la serenidad del réprobo en la frente”, véase en López Soler, Ramón, *El pirata de Colombia. Relación histórica de los crímenes y aventuras del famoso delincuente que acaban de ahorcar en Nueva York*, Valencia, Oficina de López, 1832, p. 134. Para un análisis de esta novela, cf. Rubio Cremades, Enrique, “Ramón López Soler: El pirata de Colombia”, en Carnero, Guillermo *et al.* (coords.), *Ideas en sus paisajes: homenaje al profesor Russell P. Sebold*, Alicante, Universidad, 1999, pp. 381-390.

²³ Gomis Martí, María del Pilar, “Introducción y notas”, en Vayo, Estanislao de Cosca, *Los terremotos de Orihuela o Enrique y Florentina*, Sabadell, Caballo-Dragón, 1986, p. 10.

²⁴ Gomis Martí, María del Pilar, “Introducción... *op. cit.*”, p. 11.

²⁵ *Ibidem*, p. 7.

Pero era difícil que la rebeldía y la desesperación características del espíritu romántico tuvieran eco en la obra y en los personajes de Vayo. Se trata aún de la segunda novela de un joven de veinticinco años, que vive en una sociedad terriblemente clasista y elitista como era la España de Fernando VII.

El autor tiene aún una esperanza común a su generación que es la de abrirse camino mediante la inteligencia y el trabajo en esta sociedad. La destrucción del “ancient régimen” y el advenimiento de un nuevo régimen con la caída o la muerte de Fernando VII les abriría infinitas posibilidades. (...) Era, pues, impensable que la filosofía romántica del desencanto, la rebeldía y la soledad cristalizará en algunos ambientes de la España de Fernando VII, y en particular entre los liberales, que mantenían viva la esperanza de la revolución y aguardaban su llegada al poder para dar vía libre a sus ilusiones. (...) Así el romanticismo como estética literaria se adelanta en bastantes años al romanticismo comprendido como una ideología que abarca todos los campos de la cultura y de la vida.

Por ello, *Los terremotos de Orihuela* es una novela que tiene románticos ropajes pero un trasfondo ideológico en consonancia con los valores racionalistas de progreso, trabajo, inteligencia y didactismo, más propios del pensamiento ilustrado que del desgarró, la marginación y la angustia vital del escritor romántico.²⁶

Adviértase que en todo momento Gomis Martí se está refiriendo a los liberales románticos que vivieron bajo el yugo de Fernando VII; caso muy contrario sería, en cambio, el de los liberales románticos exiliados²⁷, con quienes Vayo de ningún modo se puede comparar. Los valores ilustrados de sus primeras novelas seguirán de hecho presentes en obras posteriores; aunque cada vez se vaya mostrando más conscientemente romántico, a su Romanticismo por lo general se le puede aplicar lo que Gomis Martí afirma de *Los terremotos de Orihuela*, esto es, que “combina las dos vertientes tradicionalmente antagónicas del romanticismo [sic]: la liberal y la religiosa”²⁸.

Un ejemplo muy significativo de esto es el de *La conquista de Valencia por el Cid* (1831), obra que a un mismo tiempo vemos considerada como “la mejor de su autor”²⁹ y como texto que “apenas merece recordarse al tratar la novela histórica española”³⁰; tales afirmaciones, si son asumidas en conjunto, dejan a Vayo en una muy mala posición dentro de la historia literaria en lengua hispana. Como sea, y al margen de su calidad, a Ferreras no le faltan razones para afirmar de *La conquista* que “nos aleja, y mucho, del romanticismo [sic] fruto de una visión ruptural [sic] del mundo”³¹; Yáñez señala, a este respecto, “un tinte aún dieciochesco”, presente tanto

²⁶ *Ibidem*, pp. 18-19.

²⁷ Cf. Loyola López, David, *El exilio como tema literario en la primera mitad del siglo XIX*, tesis doctoral, Universidad de Cádiz, 2018.

²⁸ Gomis Martí, María del Pilar, “Introducción... *op. cit.*”, p. 17.

²⁹ Yáñez, María Paz, *La historia, inagotable temática novelesca: esbozo de un estudio sobre la novela histórica española hasta 1834 y análisis de la aportación de Larra al género*, Bern, Lang, 1991, p. 128.

³⁰ Llorens, Vicente, *El romanticismo español*, Madrid, Castalia, 1980, pp. 306-307.

³¹ Ferreras, Juan Ignacio, *El triunfo del liberalismo y de la novela histórica, 1830-1870*, Madrid, Taurus, 1976, p. 117.

en “las muchas referencias a la mitología clásica” como en “la intención didáctica y ejemplar”; el protagonista no es de ningún modo un descreído héroe romántico de los que hablaba Sebold, sino “el prototipo de todas las virtudes patrióticas, caballerescas y familiares”³².

Teniendo en cuenta que la crítica más temprana estableció desde un principio tales consideraciones sobre las novelas de Vayo, sorprende encontrar puntos de vista tan opuestos como el de Sebold, que pasan por incluir a este escritor en consideraciones generales sobre el Romanticismo sin atender a sus circunstancias particulares. Caso similar, aunque de mayor relevancia y de conclusiones más exageradas, es el de las menciones que Torrecilla hace a Vayo en su *España al revés* (2016), trabajo destinado a desentrañar los mitos históricos que los liberales desarrollaron en la literatura de principios del XIX; en concreto se centra en la novela *Los expatriados o Zulema y Gazul* (1834)³³, de la que comenta lo siguiente:

También Estanislao de Kotska Vayo participó activamente en los sucesos del Trienio Liberal, y como consecuencia de ello (...) se vio forzado a exiliarse tras la intervención francesa. En su novela *Los expatriados o Zulema y Gazul*, trata de la expulsión de los moriscos y emplea lo acontecido con ese grupo como punto de referencia para reflexionar sobre la realidad que a él le tocó vivir. Pero, tal vez por ser valenciano, no se centra en la conocida expulsión de principios del siglo XVII, sino en la decretada por Jaime el Conquistador siglos antes contra los moriscos de la corona de Aragón. (...) La identificación emocional con los moriscos, por haber sido víctimas de un mismo espíritu de intolerancia, le lleva a Vayo a proyectar sobre ese grupo sus ideas, como si la sociedad que crearon en la Edad Media fuera un reflejo de la que los liberales querían establecer a principios del XIX. En eso no se diferencia de los otros exiliados. (...) El planteamiento de Vayo, como el de los otros muchos, no implicaba tan sólo una idealización de al-Ándalus, sino también, y de manera complementaria, una demonización de los cristianos. (...) Según esta interpretación, existió un modelo alternativo de país en la Edad Media (el de la España musulmana), que, lamentablemente, fue destruido por el fanatismo religioso de sus rivales.³⁴

Adviértase que toda la argumentación ahí expuesta parte de un dato anunciado al comienzo de la cita, esto es, que estuvo implicado en el Trienio Liberal y que en consecuencia debió exiliarse. No queda claro de dónde proviene esta información, porque no se referencia ningún trabajo biográfico sobre Vayo, si bien es cierto que Gomis Martí alude a “las persecuciones y vicisitudes que sufrió en defensa del orden constitucional”, y menciona que “hasta es posible que llegara a abandonar Valencia al ver su vida amenazada”; no obstante, matiza que “no es

³² Yáñez, María Paz, *La historia... op. cit.*, p. 130.

³³ 1834 fue el año de publicación de la obra, pero esta, según afirma el propio autor, fue compuesta en 1831; véase Vayo, Estanislao de Cosca, *Los expatriados [sic] o Zulema y Gazul, novela histórica original perteneciente al año 1254*, Madrid, Repullés, 1834, p. III.

³⁴ Torrecilla, Jesús, *La España al revés. Los mitos del pensamiento progresista (1790-1840)*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2016, pp. 183-185. <https://doi.org/10.2307/j.ctt20fw6vg>

probable que se significara excesivamente pues en 1826 estaba de nuevo en Valencia, intentando abrirse camino en el terreno literario”³⁵. Las afirmaciones de Torrecilla no son, por tanto, del todo desacertadas, ya que se basa en una realidad como lo fuera el que Vayo sufriera las represiones absolutistas; no obstante, Gomis Martí presentaba su exilio como algo “posible”, no confirmado, y en *La España al revés* no se nos ofrecen pruebas más contundentes; además, tal como lo ha formulado podría parecer que está aludiendo a un exilio fuera del país, cuando en todo caso la expulsión hubiera sido solo de Valencia, y solo durante dos años. No es, en ningún caso, comparable con otros liberales que fueron expatriados no ya solo de su ciudad natal, sino de España, como ocurrió, por ejemplo, con Martínez de la Rosa, de cuyo *Abén Humeya* habla Torrecilla justo antes de sacar a colación, a renglón seguido y sin matizar esto, el *Los expatriados* de Vayo³⁶.

Las diferencias biográficas e ideológicas entre nuestro autor y en concreto Martínez de la Rosa son constatables no ya solo a partir de una comparación entre sus vidas y sus obras, sino también teniendo en cuenta que Vayo dirigió *El Constitucional*, un periódico “de carácter liberal moderado”³⁷ en el que podemos encontrar un ataque directo y explícito contra el autor de *Abén Humeya*:

¿No le debía ser indiferente el nombre dado al sistema de gobierno si las mismas cadenas arrastraba bajo el cetro de hierro de Calomarde que bajo el reinado de esperanzas de Martínez de la Rosa? ¿Qué le importaba que sus representantes se reuniesen si la cogulla que descollaba por las plazas y la librea del privilegio que hería sus ojos le manifestaba con nombres diferentes reinaban los mismos principios?³⁸

No le faltan motivos a Gomis Martí como para hablar de “moderantismo” al referirse tanto a Vayo como a su periódico; desde luego, su punto de vista está muy lejos del liberalismo exaltado, pero sería necesario concretar algo más para evitar generalizaciones. Martínez de la Rosa también pertenecía a la facción moderada, lo que no impide que *El Constitucional* muestre una clara desconfianza hacia su “reinado de esperanzas”; en un número posterior se especifica que semejante sospecha se extiende, en realidad, hacia todos los que acababan de volver del exilio, de quienes se teme que puedan alterar la paz pública la concordia; en consecuencia, hay una apelación a olvidar pasadas rencillas:

Convénzanse los que se llaman exaltados y moderados de que todos marchan y se dirigen al mismo punto, y que el camino que ahora se les presenta es liso,

³⁵ Gomis Martí, María del Pilar, “Introducción... *op. cit.*, p. 11.

³⁶ Torrecilla, Jesús, *La España...* *op. cit.*, p. 183.

³⁷ Gomis Martí, María del Pilar, “Introducción... *op. cit.*, p. 13.

³⁸ Anónimo, “Valencia 20 de agosto”, en *El Constitucional*, 21 de agosto de 1836, p. 4. Aunque este texto no aparezca como tal firmado por Vayo, entendemos que, dado que aparece en el periódico que él dirigía, o bien fue escrito por nuestro autor o al menos respondía a sus mismas ideas, porque como mínimo debió autorizarlo.

llano y anchuroso: cesen pues odiosas denominaciones, y sirva lo pasado de prudente ejemplo y escarmiento.

Cuando en 1823 se levantó la tiranía sobre las ruinas del bando liberal, el color más o menos pronunciado de los caídos no sirvió para librarles de las garras del tigre vencedor. Hombres de todas las denominaciones sufrieron el destierro, el saqueo, la expatriación y la muerte. ¿Qué valió a muchos lo que ellos llaman moderación, y que no era otra cosa que la impunidad de los enemigos de las leyes? (...) Arrojados por otra parte los exaltados a naciones extranjeras, arrepintiéronse al oír los lejanos quejidos de la despedazada patria, de no haber modificado la ley fundamental y haber de este modo disputado palmo por palmo la victoria a la tiranía.

Si unos y otros pues aman sinceramente la libertad y el trono de nuestra inocente Reina; si se presenta esta feliz coyuntura de amalgamar y reunir sus opiniones, olvidemos pasadas rencillas y apiñémonos en torno de ese estandarte que ha ondeado la inmortal Cristina.³⁹

El “moderantismo” que Vayo demuestra aquí es tal que, por paradójico que resulte, incluso se ve inclinado a rechazar denominarse “moderado”; hacerlo implicaría fomentar una división en facciones, y lo que pretende ante todo es lograr la unidad política mediante la fidelidad, a un mismo tiempo, a la monarquía y a la Constitución. En consecuencia, la valoración dada de los liberales más exaltados no será para nada positiva; de quienes en concreto sufrieron exilio se insinúa que merecieron la expatriación por su conducta radical, porque deberían “haber modificado la ley fundamental y haber de este modo disputado palmo por palmo la victoria a la tiranía”, lo que no llegaron a hacer, y en consecuencia se apela al “arrepentimiento” que presuntamente llegaron a sentir.

Los términos aquí empleados ofrecen una visión que no pasa precisamente por considerar a los emigrados como víctimas inocentes; por el contrario, estos son presentados como personas que antepusieron su ideología política al bien de la patria, y por consiguiente deben cargar con un acusado sentimiento de culpa. Hay, de hecho, un marcado recelo hacia estos en tanto que se insta a olvidar “pasadas rencillas”; Vayo es consciente que, tras su regreso a España, pueden seguir albergando cierto rencor contra quienes los han expulsado de su tierra, y la solución aquí propuesta se basa sobre todo en el olvido, el perdón, la reconciliación y la unidad.

Es más; por mucho que Vayo y su periódico respondan a la etiqueta de “liberales”, se evita en todo momento el favoritismo de su facción siempre que ello pueda suponer una ruptura con respecto a la convivencia general: “¿Por qué ha de creer un centenar de liberales del año 12 que solo en ellos se encierra la moderación, la virtud y el talento?”⁴⁰. Pese a sus preferencias políticas, nuestro autor considera que cualquier tendencia ideológica puede aportar al bien de la nación, y que en consecuencia ninguna de ellas debe monopolizar el control del gobierno.

³⁹ Anónimo, “Valencia 22 de agosto”, en *El Constitucional*, 23 de agosto de 1836, p. 4.

⁴⁰ Anónimo, “Valencia 23 de agosto”, en *El Constitucional*, 24 de agosto de 1836, p. 4.

Estas tan abiertas declaraciones nos permiten ubicar mejor su posición ideológica como “moderado entre los moderados”; sabiendo esto, la interpretación que podamos darle a una obra como *Los expatriados o Zulema y Gazul* habrá de ser necesariamente diferente a la que esa misma novela recibiría si tenemos a Vayo por otro liberal romántico más sin entrar en todos estos matices⁴¹. Si entendemos, como bien afirma Torrecilla, que al hablar de Al-Ándalus realmente se está refiriendo a los liberales, no parece demasiado lógico que haya ni una idealización de los musulmanes, ni una demonización de los cristianos. A este respecto, el siguiente fragmento de *La conquista de Valencia por el Cid* resulta iluminador:

Asturias había dado el *ejemplo heroico* de sacudir el *bárbaro yugo* de la dependencia musulmana (...). Los *tiranos* se señoreaban a todo su talante en las provincias marítimas, gozándose en las riberas del Turia, del Segura y del Betis (...). Rodrigo de Vivar, abriéndose paso por esos *naturales y feroces enemigos* había logrado sentar sus reales en medio de ellos, y en el sitio mismo que tantas ventajas les daba. (...) Mas al presente que el honor y el amor enardecían el patriotismo, todo se presentaba a sus ojos liso y llano para clavar el estandarte de la Cruz en las murallas de Edeta. Parece que *el cielo* deparaba a los cristianos esta ocasión de libertar la ciudad más hermosa de occidente del poder de *los descreídos y perversos* africanos.⁴²

Ante todo, hay aquí dos datos de especial relevancia para entender las connotaciones del fragmento citado; el primero, que la novela sobre el Cid se publicó en el mismo año en el que escribió *Los expatriados*, según afirma el propio Vayo; el segundo, que ambas obras hablan sobre los musulmanes en Valencia, la ciudad de nuestro autor. Con todo, lo que el narrador de *La conquista* hace explícito en el anterior fragmento es contradictorio con lo que según Torrecilla hay en la otra novela; no podemos ver precisamente ni idealización de los musulmanes ni demonización de los cristianos, sino más bien todo lo contrario. Basta con observar los términos en los que se refiere a uno y a otro bando; así, los árabes son unos “tiranos”, “descreídos y perversos”, que dominan sobre la ciudad con “bárbaro yugo” y que se convierten en los “naturales y feroces enemigos” de los cristianos; estos otros, en cambio, dan un “ejemplo heroico” y cuentan con el respaldo del “cielo”.

La conquista de Valencia por el Cid, publicada al tiempo que compuso *Los expatriados*, y sobre la misma ciudad, debería bastar para desmentir que Vayo pueda tener idealizada una civilización como Al-Ándalus; mucho más coherente sería asumir que en esa otra obra está haciendo realmente una alegoría sobre la situación política de su época. El mismo Torrecilla, de hecho, afirma lo siguiente: “No tiene sentido, por tanto, pretender que los musulmanes que

⁴¹ El análisis más completo de la obra llevado a cabo hasta el momento es el que podemos ver en Yoeli-Rimmer, Nettah, “Poder y resistencia en los espatriados (sic), o Zulema y Gazul de Estanislao de Cosca Vayo”, en Ramos Santana, Alberto y Diana Repeto García (eds.), *Poder, contrapoder y sus representaciones. XVII Encuentro de la Ilustración al Romanticismo: España, Europa y América (1750-1850)*, Cádiz, Editorial UCA, 2017, pp. 109-117.

⁴² Vayo, Estanislao de Cosca, *La conquista de Valencia por el Cid* (2 vols.), Valencia, Imprenta de Mompí, 1831, v. 1, pp. 53-55, la cursiva es nuestra.

aparecen en estas obras reproducen una realidad histórica, por más que, con una actitud no exenta de ingenuidad, se haya hecho así con frecuencia⁴³. A esto se le debería añadir que el propio Vayo quizá nunca pretendió ofrecer una visión objetiva de la historia en sus novelas, sino que partió de acontecimientos reales ubicados en la Edad Media y los reelaboró cuanto quiso para desarrollar diferentes puntos de vista en cada una de sus obras, todos ellos de máxima actualidad, pero sin atender en ningún caso a cómo pudo ser realmente Al-Ándalus.

Así, en *La conquista* los musulmanes serán los que queden por completo demonizados; ya hemos visto que la intención de esta obra es exaltar en el Cid una serie de virtudes caballerescas, y ello solo es posible deslegitimando radicalmente la causa de sus enemigos, a quienes se les atribuye la mayor bajeza moral imaginable. En cuanto a *Los expatriados*, todo cambia si entendemos, siguiendo a Torrecilla, que en realidad está hablando de los liberales y de los absolutistas; no obstante, no resulta coherente con Vayo que esté presente un dualismo moral tan definido si tenemos en cuenta que, como hemos visto, en *El Constitucional* se manifestaron unas opiniones políticas mucho más complejas. Él, en tanto que liberal, nunca estuvo a favor de que los de su propio bando fuesen expatriados, pero no por ello dejó de achacarles parte de culpa; a ello se le suma, como hemos visto, cierto recelo hacia estos; en tanto que insiste en olvidar pasadas rencillas, está dando a entender que quienes regresan del exilio pueden volver cegados por el rencor y dificultar la convivencia política del momento.

Estas mismas ideas son las que precisamente vertebran *Los expatriados o Zulema y Gazul*. Como vimos señalaba Torrecilla, la narración trata sobre la expulsión de los moriscos de Valencia por Jaime el Conquistador; aunque se preste a paralelismos entre absolutistas y liberales, también se profundizará en los diversos matices que hay dentro de cada bando; así, los dos amantes árabes que dan título a la novela encarnan, en realidad, las dos actitudes que pueden mostrar los vencidos y los expatriados en esta clase de conflictos:

Aunque detestamos a los opresores, amamos a los hombres, y librar a uno de la muerte es para nosotros un deliciosísimo placer. Zulema os ha hablado solo de sus secretos sentimientos, pero no os ha dicho que a pesar de tales ideas, arrebatada por un amante fanático que la ha sacado a la fuerza del hogar paterno, ansía volver a los brazos de su padre, y prefiere aquellas cadenas tan detestables al entusiasmo ridículo de los que queriendo salvar a los mauros los ahondan en un abismo más profundo⁴⁴.

Gazul, el musulmán protagonista, es aquí presentado como un “amante fanático” que ha sacado a su amada “a la fuerza del hogar paterno”; pero Zulema, que no tiene una posición política tan radical, “ansía volver a los brazos de su padre”, y se hace explícito que le son más soportables “aquellas cadenas tan detestables” a la causa de aquellos que, cegados por el odio, no conciben ninguna clase de reconciliación. La actitud de personas como Gazul —y,

⁴³Torrecilla, Jesús, *La España... op. cit.*, p. 185.

⁴⁴Vayo, Estanislao de Cosca, *Los espatriados... op. cit.*, p. 50.

en consecuencia, la de los liberales exaltados— no supone ninguna clase de utilidad para los de su bando, sino que únicamente sirve para sumergirse “en un abismo más profundo”. Así, aunque los musulmanes —y, en consecuencia, los liberales— sean mostrados, sobre todo, como víctimas inocentes, se destaca que algunos de ellos actuaron de una manera igualmente reprehensible; pero en concreto el protagonista no es alguien esencialmente perverso, sino un sujeto corrompido por su ambiente, lo que se explica a partir de cierto roussonianismo que recuerda en todo al que hemos visto en *Voyleano*:

Gazul no había nacido para arrojarse en la carrera de los delitos: un principio de virtud mal entendido, exagerado, injusto, hábale puesto la espada en la mano; su alma no había cometido el crimen, sino su imaginación de fuego, que pintándole la ruina de la patria y su ensalzamiento, había creído deber inmolarle su propia ventura. Tampoco había tenido tiempo para reflexionar las consecuencias de lo que iba a poner en obra: exaltada su mente en aquel punto por una sola pasión, su fanatismo ciego por el Alcorán no le había dejado conocer las leyes de la naturaleza ni los latidos de su corazón, sino los mandatos de una religión de sangre, que prescribe por su gloria la muerte del que no contribuye a su engrandecimiento.⁴⁵

Queda aclarado que Gazul “no había nacido para arrojarse en la carrera de los delitos”; la maldad no es algo que le venga de manera congénita, sino producto más bien de “un principio de virtud mal entendido” que se contrapone a “las leyes de la naturaleza”; se nos da a entender que, de haberse desarrollado en otro tipo de ambiente, sería otra clase de persona. Y si continuamos con la alegoría que equipara musulmanes con liberales en esta novela, el “fanatismo ciego por el Alcorán” debería entenderse como el “fanatismo ciego por la constitución” que, según Vayo, debían tener algunos de los más exaltados.

Esta psicología tan próxima a las ideas de Rousseau probablemente tenga como finalidad la de evitar la demonización de cualquier persona dentro del bando oprimido; tengamos presente que la obra pertenece a la novela histórica, género tan en boga entre liberales románticos, y si quería ser persuasivo con estos últimos, en especial con quienes volvían del exilio, debía al menos mostrar comprensión ante los motivos que los habrían arrastrado a una actitud presuntamente “fanática”.

En el prólogo de esta novela, de hecho, aclara que la compuso “con ánimo de recordar a los españoles en la expulsión de los mauros otra desgraciada expatriación de los mauros que todos habían presenciado”⁴⁶. Apela de este modo, y de forma directa, a quienes han sufrido las represiones absolutistas, y aspira además a mostrarse como un referente, porque siempre defendió “las banderas de la libertad desde los quince años”, lo que le permitió “conocer el

⁴⁵ Vayo, Estanislao de Cosca, *Los espatriados... op. cit.*, pp. 98-99.

⁴⁶ *Ibidem*, p. III.

carácter de los hombres políticos y pintarlos tales como son en realidad”⁴⁷. La novela, por tanto, pretende partir desde el conocimiento de la realidad y desde la empatía; no hay tanto una diatriba desde una posición de moralidad superior, sino una buscada complicidad con los liberales a los que juzga faltos de experiencia o madurez suficientes como para dejarse llevar por el fanatismo.

Gazul, así, será un personaje que busque las simpatías del lector liberal, que no siempre aprobará sus actos, pero sí los entenderá. No obstante, dentro de su mismo bando encontramos a otros dos personajes, en este caso mucho más maniqueos, que también encarnarían otras dos posturas especialmente definidas dentro de los oprimidos; a un lado tendríamos a Aliatar, que reflejaría la mentalidad del propio Vayo, y que priorizaría no tanto la venganza, sino la posibilidad de llegar a un acuerdo con los vencedores; en el extremo opuesto estaría Abdelasis, un musulmán tan fanático como Gazul, pero mucho más corrompido y sin posibilidad de enmendar su carácter a causa de tener una posición de poder muy superior, ya que es el líder de la facción. Por lealtad a este último, nuestro protagonista se verá obligado a dar muerte a Aliatar, que antes era su amigo; la falta de maldad real habida en el héroe de esta novela queda evidenciada precisamente en esa escena:

—Dichoso tú, repitió Gazul, y desgraciado de mí, que trabajado por todas las pasiones no veo más que un deber triste que me impone el más bárbaro de los sacrificios. ¡Ah! Compadécete de mí: te amo, y te inmolo a la felicidad de la patria.

Gazul vertió ardientes lágrimas, y Aliatar abrazándole le dijo:

—A Dios, querido amigo, a Dios para siempre: no olvides a Zulema, cuida de mi felicidad y séaos el cielo propicio. (...)

Gazul desenvainó el alfanje mientras Aliatar se arrodillaba a sus plantas, y el alfanje le cayó de la mano: lo levantó a la víctima y se lo entregó con indecible tranquilidad: al tomarlo el amante le besó cariñosamente la mano. (...) Aliatar lo miró por última vez, y Gazul descargó el terrible golpe que hizo rodar por el suelo la cabeza de la víctima. Expiró pronunciando el nombre de su amigo, que dio un grito de horror al reconocer su obra: los remordimientos se apoderaron de su alma, y roído de ellos prorrumpió en funestos alaridos llamando a su amigo, que ya no respondía. Así agitado arrojóse fuera de la cabaña, y comenzó a errar por el monte cual un frenético, sin hallar consuelo en parte alguna.⁴⁸

Se puede apreciar claramente que Gazul, en el fondo, no quiere convertirse en asesino, y mucho menos en el asesino de su amigo; lo único que lo arrastra a cometer tal homicidio es su “deber triste” que consiste en subordinarlo todo a “la felicidad de la patria”. No quiere obrar así, pero se siente obligado; Aliatar, por el contrario, prefiere morir antes que infligirle ningún daño; en consecuencia, nuestro protagonista lo termina decapitando, pero inmediatamente después

⁴⁷ *Ibidem*, pp. III-IV.

⁴⁸ *Ibidem*, pp. 58-60.

empieza a sentir arrepentimiento de su acto, porque sabe que su conducta, por muy leal que haya sido a sus principios políticos, va totalmente en contra de su naturaleza por completo bondadosa. El conflicto de intereses aquí presente se volverá irreconciliable en un momento posterior, en el que Abdelasis, no satisfecho con la muerte de Aliatar, instará a Gazul a ir en contra de su propia amada:

—Puesto que nos ha faltado el único puerto donde nos habíamos refugiado, corramos al campamento y en mi tienda descansaremos: es necesario asegurar a todo trance a Muley y a su hija [Zulema], que nos facilitarán los medios de que carecíamos para llevar a cima esta empresa, es decir, el oro.

—Jefe de los sarracenos, respondió Gazul, no exijas de mí más sacrificios de los que me has exigido: si he sido bárbaro hasta el punto de inmolar a un amigo, si he contribuido sin saberlo a la prisión de la que amo, el honor me manda ahora defenderla, ponerla en libertad, y morir luego si tal es mi suerte.

—El honor, contestó Abdelasis, a nadie prescribe hollar sus juramentos militares, no obedecer a su rey y ser traidor a la patria en momentos críticos en que va a decidirse su total ruina o su salvación. (...) Zulema salvó a mi enemigo con el auxilio de Aliatar, y merece el castigo mismo que sufrió aquel traidor: si no ha caído ya a tus pies su cabeza es porque antes me importa descubrir ciertos secretos que me interesan en extremo.

—Hombre cruel, añadió el enamorado mancebo poniendo mano a la espada y levantándose, mientras pueda mi diestra blandir este acero, no tocarás un solo cabello a la que adoro⁴⁹.

A diferencia de lo que ocurría con Aliatar, Gazul se ve incapaz de ir en contra de Zulema; así, su naturaleza se impondrá a las presiones ejercidas por su sociedad, y en consecuencia lo mismo ocurrirá con el sentimiento amoroso, que tendrá mucho más peso en él que el fanatismo. El amor, de este modo, se convierte en la salvación moral del protagonista y en lo que por completo lo distancia de Abdelasis.

Esto implica, por otra parte, una rebeldía contra la sociedad corruptora y contra la opinión pública; él es consciente de la impresión que podrá dar a los de su propio bando será pésima, pese a estar siguiendo sus propias inclinaciones y actuando de la manera considerada correcta; al dirigirse a Zulema, comenta que “el mundo dirá que mi afeminado pecho no ha tenido constancia para resistir la fuerza de tus dulcísimas palabras, y que lejos de sepultarme entre las ruinas de la patria afianzo para siempre sus cadenas”⁵⁰. En este punto, Vayo se está dirigiendo a los liberales románticos que anteponen sus ideas sobre la libertad a todo lo demás; aunque la actitud de Gazul pueda parecer, a ojos de estos últimos, la de alguien cobarde o servil que prefiere negociar a la oposición absoluta ante el opresor, ni qué decir tiene que aparece mucho

⁴⁹ *Ibidem*, pp. 114-117.

⁵⁰ *Ibidem*, p. 135.

más dignificado que Abdelasis y sus seguidores, en tanto que su virtud es elogiada por la propia Zulema:

—¡Odiarte, amado mío! contestó regocijada la doncella: ¡odiarte después de una prueba tan positiva del cariño que me profesas! Nunca olvidaré que a ti debo el aire que respiro, y consagraré todos los instantes de mi vida a tu felicidad: cuantas veces te mire recordaré la magnánima acción que por mí has emprendido, y colmados de honores por el monarca cristiano hallaremos en su amistad consuelos que poder prodigar a los vencidos. No creas que mancillas la lumbre ni el honor de las armas: salvar al hombre, disminuir sus desgracias, atributos son que ennoblecen e ilustran mucho más que las sangrientas hazañas que cubren de terror el orbe y dejan a las familias privadas de apoyo y en la viudez.⁵¹

Pese a que la actitud de Gazul pasa por postrarse al monarca cristiano, resulta ser la mejor para conseguir el bienestar de su pueblo; dado que vencer al opresor no es una opción, la resolución óptima es llegar a un acuerdo con él. Esto evoca directamente a las opiniones políticas que dos años más tarde manifestará Vayo en *El Constitucional*; esto es, una condena directa a los liberales cuya extrema actitud les impidió llegar a un acuerdo con la monarquía, y una llamada a la reconciliación y a buscar una nueva época de paz y prosperidad bajo el gobierno de los Borbones, que no deben ser vistos como enemigos, sino como soberanos abiertos a negociar.

Debemos recordar que en el periódico no había ni un solo juicio negativo hacia el trono; por el contrario, vimos que se remitía a la “inocente Reina” y a la “inmortal Cristina”; los exaltados, en cambio, eran atacados con una dureza explícita que de ningún modo se manifiesta para con la corona. El equivalente a esto podemos encontrarlo en la novela, donde la demonización de los cristianos no supera a la habida en torno a Abdelasis, caracterizado como “frenético tirano”⁵², y su gente; aparte del fragmento que ya hemos visto, las connotaciones políticas de este punto de vista se explicitan mucho más en el que citamos a continuación:

Mientras el *monarca generoso* de los cristianos se alejaba con la rapidez del rayo encaramándose al lado de Gazul y de una escogida falange por el monte, los soldados vencedores procedieron al desarmamiento de los árabes llenándoles de insultos y vejaciones. (...) Pero no crean nuestros lectores que mientras los vencedores sacaban así a plaza el odio y el rencor, dando suelta al espíritu de venganza, reinaba la *moderación* y la virtud en el campamento de Abdelasis. Por desgracia el hombre es siempre el mismo en todas partes; y la experiencia nos ha enseñado que, a pesar de haber transcurrido algunos siglos lejos de mejorar, ha empeorado sus inclinaciones, y que el funesto vértigo de los partidos crece y se aumenta de día en día. ¡Oh tolerancia! ¡Oh desgracia de

⁵¹ *Ibidem*, pp. 136-137.

⁵² *Ibidem*, p. 158.

los que no han esperado a nacer cuando el mundo esté más civilizado, *cuando a la falsa y teórica ilustración suceda la verdadera!*⁵³

De gran importancia es el hecho de que la demonización aquí no gire en torno al rey enemigo, a quien se refiere en términos de “el monarca generoso de los cristianos”; por el contrario, sus súbditos son los que tratan a los árabes con “insultos y vejaciones”. Si seguimos con los correspondientes paralelismos, esto supondría una advertencia, por parte de Vayo, de que la tiranía no vendría de los Borbones como tal, sino de sus partidarios más radicales. Pero el fanatismo es aquí condenado sin importar la ideología que lo motive. Así, Abdelasis y sus partidarios son acusados precisamente de falta de “moderación”, lo que conllevaría, si lo traducimos al presente del autor, un alegato en favor del liberalismo moderado como única opción posible, con explícito rechazo a la radicalización del resto de los liberales. Precisamente en el citado texto salta a la vista que en realidad no está hablando de la Edad Media, sino de su época, porque declara sin rodeos que “el funesto vértigo de los partidos crece y se aumenta de día en día”. No deja dudas a la interpretación de la obra; la condena hacia el radicalismo político es total sin importar el bando del que provenga.

No tienen para nada lugar aquí ni la exaltación ni el apasionamiento propios del Romanticismo en su faceta más social, ya sea en su vertiente más progresista o reaccionaria; por el contrario, se apela directamente a los valores del siglo anterior; hay así una declaración en favor de la “ilustración”, que hasta el momento ha sido considerada como “falsa y teórica”, por lo que se pretenderá que resurja otra “verdadera”. Pero *Los expatriados*, a pesar de todo, es una novela compuesta en el siglo XIX; sería anacrónico reiterar acríticamente el optimismo que caracterizó el siglo anterior. El tono desengañado será por encima de todo lo que predomine en esta obra; el autor no deja de augurar un mundo “más civilizado”, pero es consciente de que no ha nacido en esa época, sino en otra tan bárbara e intolerante como la de la Edad Media que refleja en su novela. Así, la exaltación política del Romanticismo no perdona a quienes, como el propio Vayo, se obstinan en mantenerse dentro de una moderación y tibieza ideológicas nada solubles en el espíritu de su época; quienes buscan reconciliación, paz y tolerancia serán así perseguidos por quienes optan por una vertiente más radical. Por ello Aliatar es asesinado; por esto mismo será también trágico el final de Gazul, quien no consigue salvar a Zulema, sino acelerar su muerte, dado que su actitud conciliadora solo sirve para despertar la ira de Abdelasis e instarlo a buscar represalias.

Por consiguiente, los soldados de este último “apoderándose de Zulema y de Muley desnudaron los alfanjes e hicieron rodar sus cabezas sin darles tiempo para pronunciar una sola palabra”⁵⁴. Esto implica que Gazul, pese a sus intenciones, fracasa en todas sus empresas; es incapaz de entregarse al fanatismo, pero de nada le sirve luchar por la tolerancia si toda la

⁵³ *Ibidem*, pp. 148-149, la cursiva es nuestra.

⁵⁴ *Ibidem*, p. 158.

sociedad se ha radicalizado y dejado de atender a razones; no puede ni salvar a su amada, ni mucho menos lograr la moderación entre los suyos: “Por salvar a la patria de la esclavitud había derramado la sangre de Aliatar y había contribuido a la prisión de su amante, y vendiendo a esta misma patria había acelerado el fin de Zulema y encadenado para siempre a su pueblo”⁵⁵. Llevado a este extremo, nuestro protagonista no encuentra más salida que el suicidio:

¡Infeliz! Su frío desecho y su aspecto sombrío y selvático, sus ojos desencajados y sin brillo anunciaban una funesta determinación. Su alma, en demasía sensible, habíase desprendido de los más suaves afectos: todo lo había perdido por su culpable exaltación, y le restaba solamente una miserable existencia.

Sacó de su dedo una sortija de brillantes, abrióla y tragóse el sutil veneno que encerraba, y que había siempre conservado cuidadosamente para poner fin a sus días en un lance desesperado. El hórrido frío de la muerte se apoderó al punto de sus miembros, y sus ojos se eclipsaron para siempre, sin que la suave amistad ni el dulce amor pudieran cerrarlos.

—A Dios, patria mía, dijo al espirar: quedas vengada; el que te ha vendido muere: Aliatar, Zulema, sombras queridas, ya os sigo...

No pudo pasar adelante, porque la palabra se heló en sus labios y murió: tal fue el fin del infortunado mancebo.⁵⁶

El final de esta obra no se puede interpretar correctamente sin atender a las opiniones sobre el suicidio que Vayo ponía en boca de su Voyleano: “El hombre de valor muere en el campo de batalla, o por una enfermedad que Dios le envía. (...) Quien se quita la vida, roba la primera de las atribuciones a la divinidad, y usurpa al género humano un tesoro propio solamente de él”⁵⁷. Solo hay dos tipos de muerte consideradas dignas: o en el campo de batalla, o por una enfermedad enviada por Dios. En el caso de Voyleano, se arroja a la primera; justo antes de morir, de hecho, declara ser “enemigo por principios del suicidio”, acto que considera “la mayor de las cobardías”; no se siente tanto un suicida, sino un mártir de guerra: “Mi crimen es la lealtad a mi Soberano y mi amor a la patria que me vio nacer”⁵⁸. Su muerte no puede sino dignificarlo todo lo posible, porque se sacrifica por la causa más noble que llega a concebir; el caso de Gazul será por completo diferente, porque no tiene ninguna causa digna por la que luchar y dar la vida.

Que Vayo ubique su primera novela en la guerra de la Independencia implicará una visión del mundo necesariamente más maniquea, que le permitirá vituperar a los soldados de Napoleón serán los “malos” y exaltar a los patriotas españoles. Para los lectores de esa novela ese conflicto aún quedaba reciente, serían conscientes del valor de la independencia de España y podrían valorar el sacrificio de personas como Voyleano, que habrían contribuido a derrotar

⁵⁵ *Ibidem*, p. 160.

⁵⁶ *Ibidem*., pp. 161-162.

⁵⁷ Vayo, Estanislao de Cosca, *Voyleano... op. cit.*, p. 118.

⁵⁸ *Ibidem*, p. 199.

a los franceses. No ocurre, en cambio, nada parecido con los musulmanes que habitaban en la península durante la Edad Media; los lectores de *Los expatriados* que supiesen un mínimo de historia conocerían de antemano que los esfuerzos del bando de Abdelasis serían inútiles, porque los cristianos dominarían a pesar de todo.

Gazul, por tanto, no tiene ninguna causa por la que luchar; servir a los más radicales de los árabes le es, según descubre, contraproducente, porque no solo no le permite la liberación de su pueblo, sino que además impide las negociaciones con los cristianos; tampoco puede, no obstante, entregarse a servir a los vencedores, porque ello sería una traición; pero igualmente también es una traición intentar mediar entre ambos bandos y llegar a una negociación, como procuraron hacer Aliatar y Zulema.

Por mucho que Vayo, a partir de *Voyleano*, hubiese manifestado un flagrante desprecio hacia los suicidas, al héroe de su nueva novela en ningún momento lo criminaliza ni lo culpa de suicidarse; por el contrario, se nos presenta como una víctima de las circunstancias y de la intolerancia que ambos bandos muestran en la guerra. La crítica es, en todo caso, no contra quien se quita la vida, sino contra quienes lo han arrastrado a una situación tan extrema.

Si los liberales exaltados quedarían duramente atacados en *El Constitucional*, la diatriba contra estos mismos que *Los expatriados* supone será incluso mayor; no podemos, por ello, interpretar esta novela ni como una idealización de Al-Ándalus ni como un alegato en defensa de los liberales sin entrar en matices, sino como una condena explícita y superlativa del radicalismo político en todas sus facetas, sobre todo en lo tocante a quienes, pese a tener la misma ideología que el propio Vayo, no mostraban tolerancia alguna hacia sus contrarios.

Todo lo aquí expuesto debería facilitar, al menos parcialmente, la comprensión de diversos matices en el pensamiento de un novelista que, si tradicionalmente ha sido ninguneado por la crítica, va obteniendo un lugar cada vez más destacado en la historia de la literatura española, sobre todo por el carácter pionero que se le puede atribuir a la mayor parte de sus producciones. Un análisis detallado de todas estas resulta cada vez más necesario, pero no dejará de ser mejorable si obviamos las peculiaridades de Vayo y pretendemos explicar su figura solo a partir de los tópicos generalistas que la costumbre ha atribuido a los románticos españoles.